

## **ENTREMOS MÁS ADENTRO EN LA ESPESURA**

### **REFLEXIONES SOBRE EL RITO EUCARÍSTICO Y EL SER EUCARÍSTICO**

Las siguientes reflexiones nacen de la pregunta sobre cómo vivir un tiempo en el que para muchos, incluidos los presbíteros, ha quedado en suspenso la celebración habitual de la eucaristía. Quieren invitar estas líneas a no asumir demasiado rápidamente que es mejor celebrar de forma mermada (sin fieles, en *streaming*, en formas paralitúrgicas o 'misas sin plegaria' -sin truco, perdón por la expresión- con la finalidad de comulgar cada día, etc), que utilizar esos momentos intermedios de no-celebración para ahondar en su realidad, no solo en su comprensión sino en su realización vital, es decir para llenarla personalmente de sentido. De hecho esto es lo que sucede en la vida diaria vivida de un domingo a otro.

Me pregunto si no se nos regala a todos, en especial a los presbíteros, un tiempo especialmente vivo para pensar sobre cómo celebramos y qué significa para nosotros en la vida práctica de cada día, sobre cómo y hacia dónde acompañamos a los fieles, tanto con la forma de celebrar la eucaristía como con las orientaciones que les ofrecemos para que puedan vivirla dando hondura cristiana a la vida cotidiana.

Acójense pues como una invitación a ir más allá de donde estamos, a ralentizar las decisiones. A ir a un más allá que es el aquí mismo continuo de la realidad eucarística.

Para los cristianos la promesa de Cristo de acompañarnos hasta el fin de los tiempos es central. Por ella sabemos que Cristo no solo nos espera y nos atrae desde el final de los tiempos, sino que desde allí acompaña nuestros pasos con su presencia y aliento. Ella es la que nos conforta en tiempos de siembra esperanzada, cuando nuestras energías actúan con alegría y esperanza en el mundo. Lo es mientras la vida se realiza en sus tareas porque sabemos que él las acoge como tierra buena para que den frutos de vida eterna en el mismo corazón de Dios. También en tiempos de carestía, porque nuestras pobrezas están acompañadas por su cruz viva, alentadora que consuela nuestro dolor hasta el día en que participemos sin lágrimas de su vida resucitada (Ap 21, 1-7).

Cuando nos reunimos en su nombre hacemos consciente esta presencia (Mt 18, 20) y ante ella nuestros "gozos y esperanzas, nuestras tristezas y angustias", junto con las de nuestros hermanos de humanidad (GS 1). Para los católicos esto sucede con una densidad sin igual en la celebración de la eucaristía, el viático por excelencia de Cristo para el camino de nuestra vida. Viático que es su misma presencia viva donde reconocernos acogidos y bendecidos, donde sembrar nuestros trabajos para la cosecha eterna, donde presentar nuestras súplicas sabiendo que él es nuestra voz ante el Padre, una voz que le presenta nuestros sufrimientos que conoce bien porque los ha padecido (Hb 4, 15). Por eso la eucaristía es "fuente y culmen de la vida cristiana" (LG 11). Ningún católico puede vivir sin esta conciencia y sin esta celebración, no porque se oponga o incumpla una obligación, sino porque se sentiría huérfano. Es en esta celebración donde se concreta de forma viva aquella afirmación de Pablo que dice que en Dios "vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17, 28). Se concreta pues en Cristo formamos el cuerpo de la humanidad que Dios siempre quiso, la que toma forma en su Hijo amado que nos invita a participar de su mismo ser (LG 1).

La eucaristía así es un rito vivo, el memorial de una presencia viva, la de la vida entregada de Cristo por nosotros, entrega que podemos recibir hoy, aquí y ahora, en esta celebración. Rito donde la alabanza perdida de la creación a Dios, ofuscada por el ensimismamiento humano, cobra vida nuevamente y es consumada en la acción de gracias

de Jesús incluso en medio de su muerte. No es pues un rito del cura, sino un rito en el que el mismo Cristo (a quien el sacerdote ordenado representa) se nos da. Un rito que Cristo ofrece en la mediación eclesial para que todos, al participar en él, reciban y vivan su propia vida eterna. Así pues, nadie está en ella como espectador, aunque esto no terminemos de aprenderlo. No se puede ofrecer sin participar interiormente en ella, no se puede “dar una misa a Dios”, porque no es nuestra, porque es de Cristo que es quien nos la ofrece, quien nos la da, para que podamos presentarnos ante el Padre con sus mismos sentimientos y podamos igualmente ofrecernos a todos como su mismo cuerpo de vida.

Así pues se trata de un rito vivo, de un sacramento, del sacramento central de la vida cristiana, que representa la forma verdadera de nuestro ser, nuestro verdadero ser, aquel en el que Dios quiere ahormarnos y que se ha realizado en su Hijo encarnado. Dios no solo nos crea, sino que quiere hacernos hijos suyos con la vida de su Hijo. Y nos ofrece esta para que nos conformemos con él y nos hagamos así “alabanza de su gloria”, como es el Hijo desde toda la eternidad (Ef 1, 6.12). Esta es la razón por la que la Eucaristía no se nos da para que la celebremos como una parte de nuestra vida, sino para que configure el centro mismo de nuestro ser, el que defina y dé forma a cada uno de sus momentos, de sus acciones, de sus sentimientos. La eucaristía se nos da para que nosotros mismos nos convirtamos en eucaristía, en *cuerpos de acción de gracias a Dios y entrega de amor al prójimo* dejando que esta forma de vida, que es la vida misma de Cristo, habite en nosotros por su Espíritu. Esta es la finalidad de la eucaristía, y sin esta finalidad el sacramento eucarístico va dejando progresivamente de ser presencia viva de Cristo para convertirse en un rito pagano que utilizamos para sentirnos en orden con Dios, para pacificar nuestro corazón o para poner a Dios al servicio de nuestros deseos.

Sabemos que este Espíritu de Cristo se nos ha dado en el bautismo y que vive en nosotros gimiendo, anhelando, suscitando la vida filial (Rom 8). Y sabemos que Cristo va adquiriendo forma en nosotros cuando, en la meditación de la Escritura, dejamos que este Espíritu nos renueve con ella<sup>1</sup>.

La comunión con Cristo se realiza, pues, progresivamente. *Primero* a través de la fe que responde a la escucha de la palabra evangélica que se nos anuncia (Rom 10, 17) para hacernos hijos, a su lado, ante el Padre. *Luego* en la escucha activa y comprometida de la palabra de Dios con la que va definiendo nuestra vida y haciéndonos uno con él, como hizo con los discípulos que le miraban, le escuchaban, le preguntaban... a lo largo de su itinerario con ellos. *Después* en el encuentro con el hermano, sobre todo en el que más sufre y nos necesita, porque en él podemos abrazar al mismo Cristo, y además hacerlo con sus mismos sentimientos (Mt 25, 31-46). *Finalmente* en la comunión del pan eucarístico se nos invita a contemplar y gustar nuestro futuro de comunión plena, con la alegría de saber que Cristo nos acepta como parte de su cuerpo, a nosotros que no somos dignos de entrar en el templo de su cuerpo. Esta última forma de comunión, tan importante no siempre podemos realizarla, lo cual no obsta para que la comunión con Cristo no esté

---

<sup>1</sup> Quizá debiéramos recordar más a menudo que la revelación presenta a Dios creando y dando forma al mundo a través de su Palabra, tal y como expresa el relato de Génesis (Gn 1, 1ss); y que esta Palabra lleva el mundo a su plenitud consumada cuando toma nuestra propia carne, como bien dice el prólogo de san Juan (Jn 1, 1-5.9-14). Es esta Palabra la que tiene poder para hacernos hijos de Dios si la recibimos con fe (Jn 1, 12). Sabemos que cuando meditamos las palabras de la Escritura buscando al Señor, esta se convierte en letra viva, pues el Espíritu que mueve la fe con la que buscamos a Dios entre sus líneas, activa la presencia en ellas de la verdadera Palabra, activa su verdad última convirtiéndose para nosotros y en nosotros en presencia viva de Cristo que nos va dando forma.

activa ya en nuestra vida, no se esté realizando de forma verdadera si vivimos los otros estados de relación.

Pero demasiadas veces hemos aislado de manera cosística esta forma de comunión última de todo el proceso de la vida cotidiana y cristiana, como si Cristo estuviera en un lado y no en otros; y nos hemos vinculado a la comunión de manera devocional como a una práctica ritual donde manejamos la presencia de Cristo a nuestro antojo, dentro y fuera de la eucaristía, para nuestro ‘bien espiritual particular’. No está de más meditar en este sentido las palabras de Cristo resucitado a María Magdalena: *Noli me tangere* (Jn 20, 17), cuando su deseo de tocar, de sentir, de retener, de apropiarse de la relación es distanciado por una presencia no dominable, que se da sin poder ser manejada. Quizá debamos recordar esto en estos días, en los que la situación de confinamiento no nos deja participar a muchos de la comunión del pan eucarístico. No todo es celebrar el rito, no todo es la estricta *manducatio oralis*, y no conviene hacer como si así lo fuera con consagraciones masivas para comulgar sin misa o para celebrar alrededor de esta comunión con el pan sacramental celebraciones asimiladas a la misa. La comunión fuera de la misa aparece en la Iglesia para circunstancias excepcionales, no para sostener una devoción al Señor<sup>2</sup>.

Esto sucede porque nos hemos apropiado de la eucaristía como si fuera una devoción a la que tiene derecho nuestra vida espiritual, y que debe realizarse según la medida de nuestras necesidades, sin aceptar las limitaciones de nuestra vida. Hablamos muchas veces de aceptar las limitaciones de la vida confiando en el Señor y luego llegados aquí no es extraño que forcemos las prácticas y las razones para hacer lo que queremos: comulgar físicamente el pan eucarístico...

Quizá debiéramos pararnos a pensar con más profundidad antes de decidir habituarnos a estas prácticas. Dios a veces se torna ausente, deja de coincidir con nuestros sentimientos y deseos, ni siquiera con los más religiosos. Y esto no se puede solucionar agarrándolo por la solapa y obligándolo a coincidir con lo que pensamos o hacíamos para que encuentre paz nuestro corazón o queden tranquilas nuestras conciencias.

Creo que esta situación nos invita a pensar en la verdadera comunión con Cristo. Aquella que se celebra en la eucaristía, pero que se vive en la carne cotidiana de nuestras vidas, a veces en la noche del sentimiento de fe.

El prefacio V de Pascua nos dice que Cristo “se hizo por nosotros sacerdote, altar y víctima”. Esto es lo que celebramos en la eucaristía. No *hizo* un rito para dejarnos, *se hizo él mismo* altar, víctima y sacerdote, y así aparece ante nosotros. *Altar*, espacio donde se produce el gesto religioso, pues es en su misma existencia en la que lo realiza; *Víctima*, pues lo que ofrece es su propia vida que se entrega al Padre viviendo solo para que tengamos vida nosotros, para alimentarnos de la vida verdadera del amor; y *Sacerdote*, porque lo hace consciente y libremente como acto de relación con el Padre por el bien de todos. Este es el verdadero sacrificio, como afirma la Carta a los hebreos (10, 1-10).

Es en este acontecimiento vivo donde debemos integrarnos. Para eso celebramos el rito sacramental. Lo principal es que *nuestra vida* acontezca “por Cristo, con él y en él, en la unidad del Espíritu Santo, para gloria de Dios Padre”.

---

<sup>2</sup> Es importante sopesar mucho estas prácticas porque se dan en lugares donde la formación y la purificación de la vida espiritual debería ser mayor, como en los monasterios, y es allí donde el peso de los hábitos espirituales a veces se come la purificación teológica y evangélica de las costumbres.

Estos tiempos de ayuno de la comunión sacramental pueden convertirse en tiempos para contrastar la verdad de nuestra participación en la eucaristía. Pueden ser tiempos para preguntarnos si la eucaristía que celebramos cotidianamente va convirtiendo nuestra vida en eucarística y si realmente vamos conformándonos con la vida allí dada. No se trata de purismos que piden una santidad que siempre será deficitaria en nosotros, se trata de ver si vivimos habitualmente la eucaristía en este sentido o se ha ido convirtiendo en nosotros en una rutina devocional, en un gesto religioso (aunque sea muy importante o el más importante) paralelo a nuestra vida. ¿No es esta una oportunidad de gracia para retomar la forma de la gracia dejando atrás las formas con las que la reducimos a un simple gesto religioso? Si ciertamente no se pueden separar estas dos cosas no son identificables sin más, y a veces el segundo encubre un déficit de la primera.

¿No sería esta situación un buen momento para que los curas releyéramos el misal y su introducción general, y oráramos para que el Señor nos ayude a saber utilizarlo en bien de su pueblo, o para releer o estudiar algo sobre la teología de la eucaristía y de sus formas? Criticamos a los liturgistas y luego todos nos convertimos en expertos para saber qué hacer, la mayor parte de las veces sin el mínimo contraste con la verdad de las cosas, con la palabra de los que se dedican a pensarlas teológica y pastoralmente. ¿No fue siempre el tiempo de ayuno un momento para ver qué y cómo tenemos que hacer las cosas? Esto lo fue incluso para Jesús que se separó de la gente para mirar de frente sus tentaciones y escuchar íntimamente la presencia de Dios en la soledad del desierto.

¿No es este un buen momento para que los curas midamos hasta qué punto nuestra presencia corporal presidiendo la eucaristía, nuestra forma orante o no de vivir su presidencia ayuda a los fieles, y a nosotros mismos, a vivir esto?

Podemos ver si nuestra vida cotidiana, de la mano de Cristo, va convirtiéndose en verdadero *altar* donde nos ofrecemos al Padre como cuerpo de su Hijo; si nuestra existencia se va convirtiendo, de parte de Dios en alimento (*victima*) entregado para que el mundo viva; si nuestra oración es una oración *sacerdotal*, que expresa no solo nuestra vida, con sus esperanzas, gozos y dolores presentándolas a Dios, sino que se hace acción de gracias e intercesión unida a la oración de Cristo por su cuerpo extenso de la humanidad. Se trata de ver si la eucaristía es un rito piadoso para satisfacer la dimensión religiosa de nuestra vida o un encuentro con Cristo que nos hace formar su cuerpo en el mundo, *cuerpo eucarístico*, de acción de gracias incluso delante de la muerte; *cuerpo sacrificial*, de ofrenda para que todos tengan vida incluso si esto hace que nuestra vida pueda reducirse.

San Pablo escribiendo a los cristianos de Roma les decía: “Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual” (Rom 12, 1). Este es el reto de cada día, de cada semana al celebrar la eucaristía. Y este es el reto ahora, cuando parece (solo parece) que Cristo no se nos da en comunión o no podemos entrar en comunión con él porque no podemos celebrar misa o comulgar. El habita en nuestras vidas y ahora nosotros hemos de manifestar su cuerpo eucarístico y sacrificial, su presencia de vida para el mundo, su oración de intercesión por todos, la alegría de sentir que su Espíritu nos ha vinculado a él en un cuerpo que tiene unas raíces más profundas que su manifestación visible. Nada de esto es incompatible con la celebración habitual/diaria (es más, esto es lo que pretende esta celebración), tampoco parecería que lo fuera con algunas prácticas de celebración ‘mermada’ de la eucaristía, pero hemos de preguntarnos si estas prácticas que vamos asumiendo y naturalizando ayudan realmente a esta centralidad de la eucaristía configurante de la vida cristiana o si van deformando la misma celebración reduciéndola

a mínimos al servicio de nuestra religiosidad y no de la conversión evangélica o, aún sin ser así, devaluando progresivamente la celebración plena de la eucaristía.

Como se ve, no se trata de decir que no pasa nada si no celebramos la eucaristía, si no comulgamos sacramentalmente el pan eucarístico. Afirmar esto, a no ser que uno haya perdido la sensibilidad cristiana de la Iglesia católica, es una vulgaridad insensata. Se trata de vivir las circunstancias como posibilidades de ahondar más en la eucaristía y para no dejar que se produzcan derivas deformantes de nuestra fe.

El don de la eucaristía no puede vivirse como el débito conyugal al que uno apela como un derecho cuando ha perdido de vista, centrado solo en su provecho, que el amor que se expresa en multiplicidad de gestos y que solo de cuando en cuando alcanza a expresarse corporalmente con ternura y pasión en el acto sexual. Nunca Cristo nos deja, nunca está lejos, desde el bautismo la presencia de su vida, de su mismo Espíritu, se ha unido a nuestro espíritu y camina a nuestro lado dándonos múltiples gestos de su presencia y compañía si aprendemos a mirar.

Aprovechemos pues para ir *más adentro en la espesura*. No nos dejemos llevar, bajo capa de piedad, por reducciones eucarísticas que pueden terminar creando hábitos insanos y degradantes para la misma. Entremos más adentro y la celebración de la eucaristía, cuando podamos vivirla de nuevo en sus condiciones normales, será mucho más viva, más verdadera. Y nuestra comunión con Cristo aparecerá más íntima, más personal, más eclesial, más llena de alegría.

Vayamos pues.

Francisco García Martínez